

La vida o la nada

¿Por qué tener hijos en tiempos de colapso?

Colección Teorema

Marianne Durano

La vida o la nada

¿Por qué tener hijos en tiempos de colapso?

Traducción de Lucía Alba Martínez

CÁTEDRA
TEOREMA

Título original de la obra:
Naître ou le néant: Pourquoi faire des enfants en temps d'effondrement ?

1.ª edición, abril de 2026

Diseño de cubierta: Germán Úcar

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2024, Groupe Elidia
Éditions Desclée de Brouwer
10 rue Mercœur – 75011 Paris
9 espace Méditerranée – 66000 Perpignan
www.editionsddb.fr
© De la traducción: Lucía Alba Martínez, 2026
© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2026
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
Depósito legal: M. 334-2026
ISBN: 978-84-376-4995-5
Printed in Spain

Índice

INTRODUCCIÓN. Un futuro mortal	9
Empezamos mal...	9
¿Por un «rearme demográfico»?	12
Nacer o no nacer: esa es la cuestión	14
CAPÍTULO PRIMERO. Decreed y multiplicaos. Ser numerosos con Marx	19
La sobrepoblación, la mejor coartada del capitalismo	20
Sobreproducción vs. sobrepoblación	26
Las pobres mujeres, o la cara oculta de las políticas demográficas occidentales	32
Gestión de los cuerpos, desprecio de las conciencias	36
CAPÍTULO 2. ¿Procrear? ¿Para qué? Estar vivos con Aristóteles	41
«Si te gustan los niños, no los traigas al mundo, está hecho una mierda»	42
¿Hay que tener un «proyecto parental»?	46
¿Mi hijo, mi elección?	48
Un hijo, ¡qué práctico! Algunas distinciones aristotélicas	52
El perjuicio de haber nacido	56
Lo propio del ser humano	58
La vida como comunión	62
CAPÍTULO 3. Nuestras vidas, nuestras obras. Ser ciudadanos con Hegel y Arendt	69
(No) vivir tu vida	71
¡Viva la alienación!	75

Hannah Arendt, los niños, la bomba y nosotros	81
¿Problemas del primer mundo?	88
CAPÍTULO 4. «Honrarás a tu padre y a tu madre». Mantenerse optimistas con Hans Jonas	95
Procrear fuera del jardín del Edén	97
Nacer en una caverna	103
El argumento del consentimiento	108
El argumento de la ponderación de intereses	110
El argumento de la aversión al riesgo	114
El «principio de responsabilidad»	116
El «primer mandamiento»	119
CAPÍTULO 5. El precio de la vida. Ser felices con Epicuro	123
Elogio del hambre	125
La muerte no es nada para nosotros	128
¡Viva el azar!	134
CAPÍTULO 6. ¡Termínate el plato! Ser educados con Rousseau	139
Padres bajo presión	141
Los niños que vendrán	143
Tener un hijo natural	146
¿Hay que «proteger a nuestros hijos»... ..	150
... o más bien proteger su entorno?	153
La virtud de los cachorros humanos	158
CAPÍTULO 7. <i>Sex power</i> . Ser libre con Michel Foucault	161
El sexo burgués	164
«La demografía es el destino»: un lema transversal	167
¡Los niños son dinero!	171
La revolucionaria doctrina social de la Iglesia	174
¿Foucault, católico?	179
CONCLUSIÓN. ¿Una cuestión de fe?	187

INTRODUCCIÓN

Un futuro mortal

EMPEZAMOS MAL...

«Tener uno, vale. Dos, a lo sumo, para que se hagan compañía. ¿Pero más? De verdad que no le veo el sentido...». En estos términos me interrogaba entre bastidores un militante de Démographie Responsable con el que coincidí en un programa en France Culture¹. No es el único que no lo entiende. Desde mi propia madre hasta el agricultor de la cooperativa de consumo del barrio, todo el mundo me hace la misma pregunta, cada vez con más insistencia a medida que se suceden mis embarazos: ¿por qué tener tantos hijos, cuando la palabra *colapso* está en boca de todos? Las formas de imaginarnos la catástrofe varían, pero eso no tiene demasiada importancia, ya que nuestra época parece estar marcada por un sentimiento crepuscular. Colapso de los ecosistemas, de la biodiversidad, del poder adquisitivo, del nivel escolar, de los valores democrá-

¹ «La bombe humaine», *Entendez-vous l'éco*, 12 de abril de 2018.

ticos, del sistema bancario: ¡hay donde elegir! Según una encuesta del Ifop (Instituto Francés de Opinión Pública)², el 65 % de los franceses afirma temer un colapso de nuestra civilización, el 27 % por razones ecológicas, el 15 % por las oleadas migratorias incontroladas, el 14 % se preocupa por una guerra civil, mientras que el 32 % apuesta por un deterioro progresivo de nuestras condiciones de vida actuales.

Hay que decir que las señales no son buenas. Desde octubre de 2023, se han superado seis de los nueve límites planetarios: tras el cambio climático, la pérdida de biodiversidad, la alteración de los ciclos biogeoquímicos, la contaminación por plástico y el cambio de uso del suelo, les ha llegado el turno a los recursos de agua dulce, que han alcanzado un punto crítico. El 68 % de los vertebrados ya ha desaparecido desde la década de 1970 y el 40 % de los insectos está en declive a nivel mundial³. Mis hijos crecerán en un mundo sin mariposas y, lo que es más grave, sin insectos polinizadores, un mundo en el que los tigres, los gorilas y los elefantes corren el riesgo de convertirse en animales legendarios. Un mundo sin bosques primarios ni arrecifes de coral, pero con millones de refugiados climáticos, más catástrofes naturales y, sin duda, alguna que otra tensión geopolítica en torno a los recursos alimentarios y no alimentarios. Pero basta con abrir los ojos para ver que ese mundo ya está aquí: una hambruna histórica en África Occidental, un conflicto armado a las puertas de Europa, una inflación galopante en Francia, inundaciones en el norte, megaincendios en el sur... Suponiendo que se respete el Acuerdo de París, lo que cada día parece menos probable, la ONU prevé que la temperatura terrestre aumentará 3,2 °C de aquí a finales de siglo. A modo de comparación, durante la última glacia-

² Publicada en noviembre de 2019 por la Fondation Jean Jaurès.

³ Fuentes: WWF, *Rapport Planète vivante 2022*, Biological Conservation, IPBES.

ción, hace veintiún mil años, la temperatura media era solo cuatro grados inferior a la de nuestro clima actual. En aquella época, la mitad del mundo estaba cubierta por casquetes glaciares —masas de hielo de más de cincuenta mil kilómetros cuadrados—, el nivel del mar era unos ciento dieciséis metros más bajo y se podía cruzar el canal de la Mancha sin mojarse los pies. Las focas y los pingüinos nadaban en el Mediterráneo, mientras que mamuts y otros rinocerontes lanudos retozaban en las estepas europeas. Entre ellos y nosotros, entre el hombre de Cromañón y Elon Musk, han transcurrido doscientos diez siglos y toda la historia de la humanidad. Cuando el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC) prevé un calentamiento global de entre tres y seis grados de aquí a finales de siglo, está contemplando que un cambio climático de similar magnitud podría producirse a lo largo de la vida de mis hijos. ¿Cómo puedo siquiera imaginar el mundo que les estamos dejando?

Podemos caer en la negación o entrar en polémicas estériles. Podemos discutir sobre las cifras y las causas (antropogénicas, no antropogénicas). Yo misma me negué durante mucho tiempo a afrontar este problema. Eludía las preguntas incómodas respondiendo que había que decrecer para poder seguir siendo fértiles, que el problema no era la densidad de la población mundial, sino el aumento de su consumo total, etc. Incluso escribí un artículo de opinión que titulé ingenuamente: «¿Cómo follar sin joder el planeta?»⁴. Pero no eran más que formas de eludir el verdadero problema: ¿cómo dar vida cuando todo parece arruinarse? En realidad, no se trata tanto de establecer hechos como de preguntarnos por lo que nos angustia. El punto en común entre la procreación y las proyecciones científicas es, en efecto, su incertidumbre. En ambos casos, se

⁴ *Limite*, núm. 1: «Décroissez et multipliez-vous!», septiembre de 2015.

trata de tomar decisiones hoy que comprometen toda nuestra vida, sin que tengamos ninguna garantía de su éxito. En ambos casos —engendrar o decrecer—, se trata de renunciar a nuestra libertad y comodidad en beneficio de desconocidos que aún no existen y que tal vez sufran vicisitudes ajenas a nuestra voluntad. Pero solo en uno de los casos quienes las sufran serán nuestros niños.

¿POR UN «REARME DEMOGRÁFICO»?

No es de extrañar, en este contexto, que nos hagamos preguntas antes de traer un hijo al mundo. Es demasiado gravoso, pero sobre todo completamente irresponsable, en un planeta ya superpoblado y abocado a catástrofes imprevisibles. El año 2023 registró el número más bajo de nacimientos desde la Segunda Guerra Mundial, y el presidente Macron llegó a hacer un llamamiento al «rearme demográfico» (¡ni más ni menos!) en su rueda de prensa del 16 de enero de 2024. El 30 % de las mujeres en edad fértil afirman no querer tener hijos⁵, mientras que el 30 % de los padres y madres se arrepienten de no haber tenido más⁶: curioso paralelismo... Entre las políticas natalistas de algunos Gobiernos y la cantinela mediática sobre «esos-jóvenes-que-no-quieren-tener-hijos-por-razones-ecológicas», ¡uno ya no sabe de quién fiarse! Los desafortunados que, como yo, ya han tenido algún vástago ¿son campeones de la vitalidad nacional o padres inconscientes de los riesgos a los que exponen a sus hijos? Es difícil conciliar todos los términos del debate: defender la vida sin minimizar la catástrofe; afrontar la verdad sin caer en el nihilismo. Al igual que las polémicas sobre el clima ocultan la complejidad objetiva de

⁵ Encuesta del Ifop para *Elle*, agosto de 2022.

⁶ Encuesta de Kantar para la UNAF, 2020.

la crisis ecológica, la cuestión demográfica está acaparando la atención de los medios de comunicación, con el riesgo de desviar la atención del público de los verdaderos problemas. Las alertas sobre la «sobrepoblación», en efecto, no solo pasan por alto las enormes desigualdades entre países y modos de vida individuales, sino que la pregunta sobre el «cuánto» oculta la mucho más importante sobre el «por qué». ¿Por qué arriesgarse a tener otro hijo cuando todo es incierto? ¿Por qué sacrificar nuestra comodidad y libertad en beneficio de alguien que aún ni siquiera existe? ¿Qué necesidad de esta multitud de desconocidos por nacer, cuando podríamos disfrutar tranquilamente de las frágiles bellezas que nos rodean?

Curiosamente, la sociedad occidental, que disfruta de un nivel de comodidad y seguridad sin precedentes en la historia de la humanidad, que se ve a sí misma como baluarte del humanismo y modelo democrático para el resto del mundo, es la primera en cuestionar la razón de ser de una nueva existencia. Es más, preferimos limitar los nacimientos antes que nuestros estándares de consumo, y poner freno a nuestra fertilidad, en lugar de luchar contra las desigualdades. La demografía se ha convertido en la variable de ajuste de un mundo con dificultades para regular su economía. Incluso nos surge la leve sospecha de si los demás —sobre todo si están en apuros y son extranjeros— no estarían teniendo hijos para cobrar más ayudas, y no ocultamos nuestro desprecio por los pobres demasiado fértiles. En Francia, los hogares más precarios son, en efecto, los que más hijos tienen, sobre todo entre las familias de inmigrantes⁷. «Como conejas», comentaba con desdén uno de mis interlocutores. Pensé entonces en esa amiga, recién llegada de Madagascar, que me contaba cómo allí un niño siempre era una buena noticia, incluso en los contextos más difíciles. Pen-

⁷ Según un estudio del Instituto Nacional de Estadística y Estudios Económicos de Francia (INSEE) publicado el 27 de agosto de 2019.

sé en otra amiga, voluntaria con refugiados en el Líbano, que me repetía estas palabras de una madre siria: «Los niños son lo único que nos queda». ¿Son todos ellos unos inconscientes, o culpables, por engendrar en el caos? ¿Debemos realmente enseñarles qué es la sexualidad responsable o, más bien, aprender de su mano a cuestionar nuestros propios prejuicios? ¿Y si aceptáramos que se ponga en tela de juicio nuestra tranquila seguridad de privilegiados y extrajésemos una lección de esta generosidad en la precariedad, de esta alegría de vivir y de dar vida, incluso en la miseria?

NACER O NO NACER: ESA ES LA CUESTIÓN

La crisis demográfica es solo la punta del iceberg. Revela una crisis más profunda en nuestra relación con los niños y con la vida misma. Hoy en día parece necesario *justificar* el deseo de tener hijos, cuando hasta hace poco a quien se miraba mal era a los *childfree*: entre la fertilidad y la esterilidad, la carga de la prueba está a punto de cambiar de bando. Las consecuencias de esta transformación son vertiginosas: lo que se cuestiona es el valor de la propia vida. Al sorprenderse por el *número* de hijos que tengo, mis oponentes presuponen que la existencia de un nuevo ser humano no es *en sí misma* algo bueno, sino que la paternidad solo tiene valor como *experiencia* —un poquito repetitiva, eso sí—. Los padres reincidentes están lejos de ser valorados socialmente por su dedicación: en el mejor de los casos se les deja solos en su elección individual y, en el peor, se les acusa de ser una carga para la comunidad, que tiene que hacerse cargo de educar y curar a sus retoños, de sus permisos de paternidad y su nefasta huella de carbono. Si actualmente disponemos de los medios técnicos y los argumentos ecológicos para impedir un nacimiento, entonces procrear se convierte en una empresa peligrosa para el pensamien-

to. Dado que ahora tenemos que encontrar *razones* para engendrar, entonces el engendramiento se convierte en un objeto filosófico de la mayor importancia. Tener o no tener un hijo implica, en efecto, toda una serie de posicionamientos políticos, morales y económicos que definen a una sociedad: ¿es la demografía un valor? ¿Qué formas de solidaridad unen a las generaciones? ¿Es la maternidad solo una elección individual? ¿Soy deudor de mis padres?

A nivel más profundo, estas cuestiones apelan al sentido mismo de la vida humana: ¿qué sentido tiene vivir si vamos a morir? ¿La felicidad excluye el sufrimiento? ¿Soy responsable de la desgracia ajena? Visto así resulta imposible responder al militante de *Démographie Responsable* sin movilizar todo un arsenal conceptual. De hecho, la mayoría de los filósofos se han enfrentado a épocas turbulentas: las guerras civiles griegas, la caída del Imperio romano, la Revolución francesa, el advenimiento del capitalismo industrial, las dos guerras mundiales o la amenaza de un apocalipsis nuclear. Todos ellos se enfrentan a la dimensión trágica de nuestra condición mortal y de nuestra impotencia colectiva, y por fuerza tienen algo que decirnos hoy en día. Nuestra situación es, en efecto, absolutamente inédita —las condiciones mismas de la vida en la Tierra están amenazadas— y, sin embargo, tristemente banal: traemos al mundo a inocentes condenados a muerte. ¿Podemos encontrar en nuestro rico legado filosófico los recursos para reflexionar sobre esta contradicción?

Esta obra no es una defensa al uso de las familias numerosas ni un alegato contra las personas sin hijos. Por el contrario, se pregunta por la exigencia contemporánea de *motivar* nuestro deseo de tener hijos, de *justificar* nuestra tasa de reproducción —demasiado alta o demasiado baja, según con quién se hable—, es decir, de medir la fecundidad de nuestra existencia. La procreación, como consentimiento a acoger en uno mismo a un ser radicalmente nuevo, es el acto que frustra to-

dos los planes, todos los cálculos de interés, y nos obliga a cuestionar los fundamentos mismos de nuestra existencia: comer, vivir, amar, morir. Es un objeto filosófico por excelencia.

Por ello, cada uno de los capítulos que siguen se basará en el pensamiento de una de las grandes figuras del pensamiento occidental. Veremos entonces:

- con Marx, que la sobrepoblación es un concepto clave del capitalismo (capítulo I);
- con Aristóteles, que la reproducción fundamenta nuestra solidaridad con el resto de los seres vivos (capítulo II);
- con Hegel y Arendt, que la natalidad es el concepto político por excelencia (capítulo III);
- con Jonas, que nuestra fertilidad constituye el pilar de nuestra moralidad (capítulo IV);
- con Epicuro, que la verdadera felicidad se opone a las promesas insostenibles del consumismo (capítulo V);
- con Rousseau, cuáles son las condiciones para una educación sostenible y deseable (capítulo VI);
- y, por último, con Foucault, qué mecanismos de poder se esconden detrás de la obsesión contemporánea por la demografía (capítulo VII).

* * *

Mis hijos no se limitarán a crecer en un mundo en progreso, en tanto que colofones de la evolución y vástagos del fin de la historia. Envejecerán penosamente en una realidad caótica, miembros de una especie responsable de la extinción de todas las demás, en conflicto con sus hermanos humanos, que, como ellos, morirán. La crisis ecológica nos revela que la vida en su conjunto no crece de forma unilateral, sino que, como cualquier ameba, está sometida a ciclos de vida y muerte.

Los contemplo, absortos en sus juegos. Son exploradores, caballeros, tiranos caprichosos y generosos. Lo ignoran todo sobre el futuro. ¿Debo sentirme culpable por haberlos traído al mundo para que mueran? ¿Debo ocultarles que su vida será sin duda penosa e incierta? En realidad, al mirarlos, siento una especie de alivio. Me siento extrañamente aliviada, porque todavía tengo algo que transmitirles. Si el progreso no es más que una ilusión, entonces los niños todavía tienen algo que aprender de sus padres. Si el futuro no es mejor que el pasado, entonces puedo apoyarme en una sabiduría que me precede para educarlos. Si somos mortales, como nuestros padres, si este mundo es precario, como lo era el suyo, entonces pueden ayudarnos a afrontarlo.

Sí, ante este mundo que parece autodestruirse de forma inédita, por fin siento que respiro, respiro el olor de mis libros. Hacía años que no los abría, hastiada de su eternidad en un mundo que se acelera. Por fin vuelvo a conectar con su tranquila presencia. No puedo transmitirles a mis hijos un mundo pacificado, ni siquiera prometerles que podrán sobrevivir en él, pero, ante sus ingenuas preguntas, soy depositaria de tres mil años de humanidades. Por eso no me arrepiento de haberlos concebido. Sé que en ellos tienen los recursos para sobreponerse a mis angustias. También sé que toda esta belleza y toda esta profundidad deben ser transmitidas y pueden permitirles crecer en paz en un mundo en crisis.

Las humanidades son el conjunto de conocimientos clásicos que educan en la belleza, la moral y el civismo. Son saberes gratuitos, arraigados a lo largo del tiempo, materializados en libros. Son lo contrario de la tecnología, esa mediación costosa y siempre ya obsoleta que nos separa de los demás y del mundo: son todo aquello que necesitamos para afrontar el futuro. La posibilidad del fin debe permitirnos encontrarle un sentido a nuestra vida, que no se confunda con la ilusión de un progreso sin meta. Nuestro futuro es indefinible: es lo propio de

un futuro que no se confunde con una proyección. El mundo que legaremos estará sujeto a acontecimientos imprevistos: es lo propio de un mundo que no se confunde con el espacio predecible de los geómetras. La naturaleza será inhóspita: es lo propio de una naturaleza viva, que no es una simple reserva de recursos explotables. Nuestra vida será precaria, porque nuestro cuerpo no es una máquina. Nuestras relaciones serán conflictivas, porque serán humanas. Es posible que, al destruir el planeta, les devolvamos un mundo. Es probable que la técnica, enloquecida, nos devuelva a la fuerza nuestra humanidad.

Félix, Noé, Aurélien, Daniel: os transmito, pues, la única herencia que puede protegeros de esta crisis, estas pocas páginas de humanidades salvadas de los siglos. Han sido escritas por hombres y mujeres mortales, sometidos a la enfermedad, a la naturaleza, a la guerra, a las tormentas y a las hambrunas: por hermanos humanos.

CAPÍTULO PRIMERO

Decreced y multiplicaos

Ser numerosos con Marx

«Cuarenta millones de habitantes en Lagos que consumen bien causan más daños ecológicos que doce millones que consumen mal», afirmaba Nicolas Sarkozy el 6 de septiembre de 2003 en France 5, tras enumerar las cifras del «desequilibrio demográfico». La ecuación parece evidente: más seres humanos significa más contaminación, cada niño que nace agrava la presión sobre los recursos, un niño que existe contamina más que un niño que no existe. Evidentemente. Se podría decir lo mismo de casi cualquier cosa: una zapatería, un hospital público o los hijos de quien escribe estas líneas. Siguiendo esta lógica, *nada* es siempre mejor que *algo*, sin importar qué, quién o cómo. Nicolas Sarkozy lo asume explícitamente: el número *por sí solo* es relevante para comprender y regular el impacto ecológico de una población, independientemente de los comportamientos individuales y las decisiones colectivas.

Sin embargo, es precisamente esta indiferenciación, oculta bajo una falsa evidencia, la que hay que poner en tela de juicio.

Porque en un planeta limitado no todo es posible, y se trata precisamente de elegir entre el crecimiento del capital —con sus tiendas de *fast fashion*, su hormigón y sus multimillonarios— y el crecimiento de los seres vivos —con sus bebés de todas las especies, incluida la nuestra—. Mal que le pese al señor Sarkozy, un rico que contamina no equivale a cinco pobres que no contaminan, porque la vida humana no puede plegarse a tales ecuaciones, sobre todo cuando su resultado es incriminar a niños que aún no existen, en lugar de al sistema consumista que existe desde hace demasiado. Por tanto, antes incluso de saber si nuestros hijos podrán vivir dignamente en la tierra que les legamos, debemos absolverlos —a ellos y a mí— del delito de vivir. ¿Es hipócrita proclamarse partidario del decrecimiento y tener cuatro hijos? ¿No es más bien una contradicción abogar por el decrecimiento de la población para garantizar mejor el crecimiento del PIB? ¿Y si la sobre población fuera un invento del propio sistema capitalista para reproducirse mejor?

LA SOBREPoblACIÓN, LA MEJOR COARTADA DEL CAPITALISMO

El temor a la sobrepoblación no es algo nuevo, y el capitalismo no esperó a la crisis ecológica para agitar su espectro. Ya en 1798, Malthus explicaba en su famoso *Ensayo sobre el principio de la población* que, dado que la curva de la reproducción es exponencial, a diferencia de la de la producción, todo crecimiento económico estaba destinado a ser engullido sin resultado alguno por el crecimiento demográfico. En otras palabras, todo aumento de la producción favorecería un aumento de la población e impediría la mejora global del nivel de vida. Si los pobres aumentan más rápido que los recursos, entonces la humanidad está condenada a la miseria. Cuando Nicolas

Sarkozy afirma que cuarenta millones de pobres contaminan más que doce millones de ricos, no hace más que trasladar a los «recursos planetarios» el razonamiento que Malthus desarrolló únicamente en relación con los recursos alimentarios. Malthus ya afirmaba que su «ley de la población» era una «ley natural», es decir, una ley física, que se imponía con la misma falsa evidencia que hoy en día la cuestión de los «límites naturales» del planeta o, incluso, su «capacidad de carga». Al igual que los antinatalistas actuales, subrayaba su filantropía, su voluntad de educar a los pueblos para aumentar su moralidad y su bienestar, jactándose de defender a las mujeres y a los «pueblos salvajes» con el fin de llevar a todos los beneficios de la civilización, al tiempo que proponía suprimir poco a poco toda ayuda pública a los indigentes⁸. Resumió su pensamiento en una metáfora que causó un gran revuelo:

Un hombre que nace en un mundo ya ocupado, si su familia no tiene los medios para alimentarle, o si la sociedad no necesita de su trabajo, ese hombre, digo, no tiene el más mínimo derecho a reclamar ni una porción de alimento: sobra en la tierra. En el gran banquete de la naturaleza no hay ningún cubierto puesto para él. La naturaleza le ordena que se vaya y no tardará en ejecutar ella misma esa orden⁹.

La «naturaleza» es aquí invocada como una fuerza tutelar protectora del orden social, y la muerte del pobre, lejos de describirse como una injusticia, se convierte en la consecuencia natural de su condición de indeseable.

⁸ Propuesta que sería aplicada dos siglos más tarde a través de las políticas de ayuda alimentaria de los países en vías de desarrollo. Véase más abajo.

⁹ Malthus, *Essai sur le principe de population*, Éditions Guillaumin, 1845, pág. 531.